

Abril 2019

EEUU – Irán

Desde que Donald Trump asumió la presidencia de Estados Unidos ha señalado su intención de aumentar la presión política, y tal vez militar, en contra de la República Islámica de Irán. Esto comenzó con el retiro unilateral de Plan Conjunto Comprensivo de Acción (JCPA en inglés), el acuerdo firmado entre EEUU, Irán, los países del Consejo de Seguridad de la ONU y la Unión Europea, destinado a limitar el avance del programa nuclear iraní, a cambio de algunos beneficios económicos. Pero en las últimas semanas, dicha presión ha llegado a niveles inéditos. Trump ha impuesto más sanciones, dirigidos a los líderes políticos, religiosos militares iraníes. ¿Qué explica la actitud estadounidense? ¿Qué hay detrás de la escalada reciente?

En semanas recientes EEUU ha acusado a Irán de atacar dos buques petroleros y cuatro otros barcos en el Estrecho de Ormuz, uno de los espacios marítimos más sensibles del mundo. Hace dos semanas, un dron americano fue derribado y, una vez más, EEUU asumió que el responsable fue Irán.

La respuesta de buena parte de la bancada Republicana en el Congreso dejó en evidencia lo que enfrenta Trump en cuanto a Irán. Existe un sector no menor de su partido que desde hace mucho tiempo aboga por un endurecimiento en la política hacia Irán. La Foundation for the Defense of Democracies (Fundación por la Defensa de las Democracias), que aconseja tanto la Casa Blanca como estos congresistas, fundada por un ex vocero del Partido Republicano hace casi dos décadas, es una de las voces que más ha empujado por una política más agresiva en la región.

Lo cierto es que después del ataque al dron estadounidense, Trump dio la orden de realizar un ataque limitado. Sin embargo, el día siguiente, el presidente anunció que cuando le avisaron que podrían morir unas 150 personas, canceló la operación.

Lo anterior presenta varios problemas para la credibilidad de la administración. Por un lado, es poco creíble que el presidente haya dado una orden de atacar militarmente a otro país sin haber sido informado, a priori, de los costos del mismo, incluyendo el costo humano.

A la vez, desde un punto de vista estratégico-militar, la decisión de cancelar la represalia, y la forma que ésta fue anunciada, a través de la cuenta presidencial de Twitter, podría mandar señales equivocadas tanto a Irán y a los países aliados de Estados Unidos respecto la voluntad de la presente administración de involucrarse en aventuras militares.

Estamos, por ende, donde empezamos - con un gobierno presionado por sectores más duros de tomar medidas en contra de Irán, con el objetivo de detener el programa de armas nucleares de ese país, y, tal vez, de hacer caer el gobierno. El problema es que para lograr lo primero, el acuerdo firmado por Barack Obama y los aliados europeos, y abandonado por Trump, fue mucho más efectivo. Y lo segundo implicaría un conflicto militar mucho más complejo incluso que la invasión y



subsecuente guerra en Irak. Irán es un país menos dividido, menos tribal, con un estado más fuerte y complejo de lo que existía en Irak. Irán cuenta, además, con aliados en toda la región, desde Líbano y Siria hasta Irak y Yemen. Estos podrían complicar mucho el escenario militar, atacando a aliados de EEUU como Arabia Saudita e Israel.

Finalmente, un 60% de la ciudadanía está en contra de atacar Irán de forma preventiva, e incluso si fuera Irán el que atacara primero, solamente un 39% se pronuncia a favor de una invasión de ese país. Trump entiende que tiene una contradicción muy fuerte dentro de Estados Unidos y dentro de su propia base política. Si bien a esta le gustaría ver un triunfo contra un régimen que, sin lugar a dudas, durante décadas ha causado problemas en todo el mundo, tampoco existe un apetito para otra aventura militar norteamericana.

